

Eclipse de mujer: problemas en torno de la parentalidad. Contribuciones de Judith Butler al feminismo psicoanalítico

Ariel Martínez¹

Resumen

El presente artículo se propone exponer algunos abordajes conceptuales sobre la maternidad y, a partir de allí, dilucidar los supuestos teóricos más convenientes a la hora de pensar las nuevas modalidades de familiarización desde una perspectiva que incluya la diversidad. Al mismo tiempo se propone señalar algunas consecuencias de la abstracción de la categoría *Madre* en relación con la maternidad como experiencia. Para tal fin se privilegian los aportes de Judith Butler desde una dimensión histórico-social para analizar las tendencias hacia la homogeneización dentro de las teorías del psicoanálisis feminista.

Palabras clave: mujer, parentalidad, Judith Butler.

Abstract

Eclipse of woman: problems regarding parenting. Judith Butler's contribution to psychoanalytic feminism

The following article will try to show some conceptual approaches to the notion of motherhood, and from there on, to elucidate the theoretical assumptions more convenient to the thinking of new ways of family raising, from a perspective that includes diversity. At the same time, it will try to point some of the consequences of the abstraction of the concept of "Mother", regarding motherhood as an experience. For this purpose, the contributions of Judith Butler are privileged from a sociohistorical dimension in order to analyse the tendencies towards homogenization within the theories of feminist psychoanalysis.

Keywords: woman, parenthood, Judith Butler.

¹ Licenciado en Psicología. Becario Doctoral (CONICET). Docente de la Universidad Nacional de La Plata. Desarrolla sus actividades de investigación en el Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CINIG-IdIHCS, UNLP-CONICET).

Resumo

Eclipse de mulher: problemas em torno à parentalidade. Contribuições de Judith Butler ao feminismo psicanalítico

O presente artigo propõe-se expor algumas abordagens conceituais sobre a maternidade e, a partir de ali, elucidar os supostos teóricos mais convenientes na hora de pensar as novas modalidades de familiarização desde uma perspectiva que inclua a diversidade. Ao mesmo tempo propõe-se assinalar algumas consequências da abstração da categoria *Mãe* em relação com a maternidade como experiência. Para tal fim privilegiam-se as contribuições de Judith Butler desde uma dimensão histórico-social para analisar as tendências à homogeneização dentro das teorias da psicanálise feminista.

Palavras-chave: mulher, parentalidade, Judith Butler.

Tal como han sugerido gran cantidad de intelectuales (Hocqenghem, 2009; Bersani, 1998; Rich, 1980; Wittig, 2005; Rubin, 1975, 1989; Butler, 1990, 1993; Kosofsky Sedwick, 1998), el problema de la heteronorma se filtra continuamente en la producción de conocimiento desde múltiples disciplinas, incluido el psicoanálisis. El deseo de la madre es conceptualizado como portador de una única dirección: el padre. Si bien algunas pensadoras feministas se han encargado de revalorizar los deseos maternos, aun así es posible detectar el modo en que el ideal binario de las identidades sexuales complementarias y reproductivas atraviesa tales escritos, al mismo tiempo que refuerza las narrativas edípicas falocéntricas.

Varias teóricas provenientes del campo del feminismo (Benjamin, 1996, 1997, 1998; Chodorow, 1974, 1978, 2003; Mitchell, 1976; Irigaray, 2007, 2009; Rubin, 1975) han cuestionado el modo en que el pensamiento freudiano y lacaniano naturaliza el desarrollo de la identidad de género y de la identidad sexual. En tales escenarios, la madre ocupa el sitio de una figura ligada a la carencia, la fusión primaria o la omnipotencia ilusoria. Sin bien la heterogeneidad de líneas existentes en el interior del psicoanálisis ofrece diferentes explicaciones sobre las dinámicas que se llevan a cabo en los períodos preedípicos o edípicos, existe una tendencia común a reducir lo maternal a lo simbiótico, lo presimbólico y lo diádico. Es así que se encuentra relegada al lugar del otro del deseo, tanto del niño (que se analiza como modelo paradigmático del desarrollo psíquico) como del padre.

Los logros de la separación-individuación (Mahler, 1977, 1984), la consolidación y dirección del deseo, entre otros temas, se edifican sobre una concepción de maternidad fundada de manera a-histórica. Dentro de estos marcos, la madre se asocia casi exclusivamente con los estados pre-individualizados de dependencia, irracionalidad e impotencia, mientras que el padre es colocado de modo que facilita la agencia emocional, moral, intelectual y sexual. Mientras tanto, la madre primordial es asociada con figuras extraordinarias y fascinantes de placer ilimitado. Todo parece indicar que tales construcciones excluyen la posibilidad de considerar un sistema de relaciones simbólicas y sociales, a través de las cuales las madres puedan negociar y articular sus propios deseos, más allá del mandato de la maternidad.

El término *Madre* refiere a una categoría psicoanalítica, la *imago*, que connota un objeto primario y fantasmático psíquicamente construido a través de mecanismos como la escisión y la proyección. Es así que la idea de un sujeto maternal históricamente encarnado permanece alejada de estos desarrollos. La teoría psicoanalítica feminista ofrece un punto de partida privilegiado para un análisis del sujeto maternal que involucra tanto los aspectos fantasmáticos como los socioculturales, sin reducirla a un objeto intrapsíquico ni sociológico. Aun así, dentro del psicoanálisis feminista existen diferentes aproximaciones a la complejidad intrínseca a la maternidad. En este contexto, el desafío consiste en abrir un campo conceptual en medio de los marcos teóricos existentes que postule la figura de la madre como un sujeto activamente deseante, capaz de concentrar tanta atención teórica como las fantasías conscientes e inconscientes que el/la niño/a construye de la madre. Por su parte, este trabajo se propone trazar un recorrido que dé cuenta de algunos abordajes conceptuales sobre la maternidad como punto de partida para dilucidar los supuestos teóricos más convenientes a la hora de pensar las nuevas modalidades de familiarización desde una perspectiva que incluya la diversidad. Al mismo tiempo se propone señalar algunas consecuencias de la abstracción de la categoría de *Madre* en relación con las experiencias de la maternidad de las mujeres.

Para comenzar, cabe destacar que, tal como señala Silvia Tubert (1996), en la mayor parte de las culturas, en tanto se trata de organizaciones patriarcales, las categorías de mujer y de maternidad se superponen. Un análisis feminista de la maternidad ha permitido desmontar la ecuación mujer = madre. Asimismo, la perspectiva de género ha permitido zanjar la cuestión desde otro punto de mira, que impone una reorganización de las categorías con las que contábamos para explicar tal fenómeno. Por ello, un abordaje conceptual de la categoría de Maternidad no puede realizarse al margen de otras categorías como la de Mujer y la de Sujeto. Pensar las relaciones entre estas categorías permite visibilizar superposiciones arbitrarias, entre otros vicios que se mantienen una y otra vez en las consideraciones sobre el tema. En este sentido, es necesario crear un espacio conceptual en el que se pueda articular una concepción alternativa del sujeto femenino que no lo defina, exclusivamente, por su capacidad reproductora.

Como señala María Luisa Femenías (2000), la categoría “sujeto” surge, teóricamente, con la modernidad.

“Los desarrollos y los análisis modernos sobre el sujeto (...) suponen que (...) es varón racional y libre. Racionalidad y libertad son las características esenciales que posibilitan que ese sujeto moderno sea cognoscente, agente de acciones voluntarias y de responsabilidad moral y legal. El mundo que está frente a él es imagen, objeto, espectáculo o representación de una conciencia fundante y autoconstituyente. La autonomía del individuo radica en su libre voluntad y en su carácter racional, gracias al cual construye y reconstruye el orden del mundo” (Femenías, 2000:53).

Las grietas producidas por las limitaciones de este sujeto universal y abstracto ponen al descubierto el sesgo sexista de la modernidad. Queda fuera de discusión que a lo largo de la historia, las mujeres se han enfrentado a dificultades para lograr reconocimiento en tanto sujetos libres, con igual capacidad legal, política y científica que los varones (Femenías, 2000).

Es a partir de esta categoría moderna de sujeto, y del valor posicional que las mujeres adquieren respecto a ella, que comienzan a tomar forma los constantes reclamos de derechos reconocidos para los varones. Como es sabido, *El segundo sexo* (1949) sitúa a Simone de Beauvoir como una exponente de esta vía abierta para la lucha por la emancipación de las mujeres, clásicamente conocida como feminismo de la igualdad. Por el contrario, en oposición al constructo moderno mismo de “sujeto”, surgen posiciones que plantean la necesidad de rechazar la igualdad y apelar a la diferencia. Las feministas de la diferencia comienzan a plantear la crisis del sujeto en un movimiento que prefiguraba la posmodernidad. Las fuertes críticas, como señala Elisabeth Badinter (2003), apuntaban a que de Beauvoir habría soslayado la diferencia entre los sexos, negando la existencia de la identidad femenina y predicado un universal abstracto que, en verdad, no es más que la máscara del universal masculino. De este modo habría participado, a su pesar, en la producción de una ilusión aún más alienante para las mujeres al inclinarlas a alinearse con sus amos (Badinter, 2003). De Beauvoir es ubicada como culpable del virilismo, movida por el deseo de borrar la diferencia de las mujeres y capturada por la trampa del androcentrismo (Agacinski, 1998).

Esta tensión entre, por un lado, la lucha por la inclusión en la categoría de “sujeto” y, por otro, el rechazo de la misma, constituye el telón de fondo de los debates en torno a la maternidad y sus diversas figuras (Tubert, 1996).

Simone de Beauvoir se negó a definir a la mujer por la maternidad, y de este modo inaugura una de las propuestas con la que el feminismo ha abordado el tema de la maternidad. Beauvoir se muestra renuente a reducir la mujer a la figura de la madre. Si bien reconoce que para el sistema patriarcal ambos significados están profundamente entrelazados, queda claro que de Beauvoir ofrece fundamentos para que las mujeres rechacen la maternidad, buscando la exclusión del rol maternal en la existencia de la mujer. Desde su óptica, la maternidad es concebida como una prisión, un espacio de rutina y opresión. El anhelo de traer un niño al mundo, para la autora, siempre se produce en un campo de determinaciones sociales. Aunque no se obligue a la mujer, se la puede encerrar en situaciones cuya única salida es la maternidad. Es así que la ley patriarcal es desenmascarada en sus diversas formas en que contiene y modeliza el deseo femenino, haciéndolo coincidir con el llamado supuestamente natural de la reproducción.

Si abordamos la maternidad como hecho biológico cuya localización es el cuerpo de la mujer, como superficie fáctica que permite la reproducción de los cuerpos, esta es claramente subsumida a la perpetuación de la especie, al mismo tiempo que se apodera de la existencia femenina imponiéndose como único sentido posible. En palabras

de Beauvoir, la futura madre “*se encuentra prendida en las redes de la Naturaleza, es planta y bestia, una reserva de coloides, una incubadora, un huevo. (...)...es un ser humano (...) que se ha convertido en pasivo instrumento de la vida. (...)...la gestación aparece como creadora, pero es la suya una extraña creación, que se realiza en la contingencia y la ficción*” (de Beauvoir, 1949:480). De Beauvoir lleva al absurdo algunas afirmaciones, imaginando que el óvulo es una pequeña mujer, y la mujer un óvulo gigante, para desnudar el presupuesto de que la capacidad reproductiva del útero representa metonímicamente la totalidad de la mujer. Si bien todo parece indicar que es necesario incluir el análisis de la categoría de cuerpo para lograr una comprensión más acabada, aun así esta afirmación guarda, según las consideraciones de Silvia Tubert (1996), al menos dos falacias. Por un lado, la categoría de madre no agota a la de mujer. Por otro lado, la maternidad no incluye la totalidad de la reproducción dado que la fecundidad requiere del principio biológico masculino. Presenta descripciones que hacen del cuerpo materno una verdadera pesadilla. La visión horrorosa que presenta de la maternidad enmarca su descripción sacrílega de una función sagrada (Zerilli, 1996). De Beauvoir, en el capítulo de *El Segundo Sexo* dedicado a la madre, dice, “...*el embarazo es, sobre todo, un drama que se representa en el interior de la mujer; ella lo percibe como un enriquecimiento y como una mutilación; el feto es una parte de su cuerpo y es también un parásito que la explota; ella lo posee y también es poseída por él; ese feto resume todo el porvenir; y, al llevarlo en su seno, la mujer se siente vasta como el mundo; pero esa misma riqueza la aniquila, tiene la impresión de no ser ya nada. Una existencia nueva va a manifestarse y a justificar su propia existencia, por lo cual se siente orgullosa; pero también se siente juguete de fuerzas oscuras, es zarandeada, violentada*” (de Beauvoir, 1949:479–480).

Desde otra orilla, es posible delimitar algunos desarrollos que parten de una sobrevaloración de la maternidad. Algunas autoras como Adrienne Rich y Julia Kristeva, a partir de la asunción de la capacidad generadora del cuerpo femenino, consideran la maternidad como fuente de placer, conocimiento y poder, específicamente femeninos. Desde aquí se disparan las principales críticas a *El Segundo Sexo* por su visión absolutamente negativa de la maternidad y por su enunciación de que las mujeres deben asumir el sujeto masculino de la modernidad. Es este sentido, Susan Hekman (1991, citada por Zerilli, 1996) destaca que de Beauvoir no deja de tener como referencia una concepción de sujeto racional, autónomo y auto-generado. Al buscar la igualdad intenta incluirse dentro de esta categoría de sujeto. El reclamo por parte de las mujeres de gozar de los privilegios y del status de ese sujeto implica, inevitablemente, a criterio de Hekman, repudiar lo femenino, incluyendo la maternidad. Se ha atacado el espíritu igualitario y universalista de la Ilustración, así como concebir la identificación necesaria entre ambos sexos como único medio para liberar a la mujer. Por ello es que optan por afirmar la diferencia sexual y reconocen que al repudiar la maternidad, repudian entonces, tácitamente, la femineidad misma, lo que en última instancia significaría repudiarse a ellas mismas. Desde este enfoque, la mujer, tal como la piensa de Beauvoir, está condenada por su biología a la pasividad y a la alienación. La anatomía como destino y la consideración de la biología femenina como una maldición sobrevuelan las páginas de su obra.

Tal como Linda Zerilli señala (1996), Julia Kristeva conceptualiza el cuerpo materno como un espacio dual y ajeno, en el cual se desvanece el sujeto estable de la modernidad. Para Kristeva con la maternidad deja de existir la antítesis sujeto–objeto ya que la madre se encontraría fundida con su bebé. Aunque este enfoque aboga en favor de concebir conceptualmente las identidades como plurales, fluidas, y en cierto modo, no idénticas, también acarrea el riesgo de alienar a la madre en los discursos naturalistas. También podemos hallar este cuestionamiento a las dicotomías, entre otras formas restrictivas del pensamiento moderno, en algunas descripciones de Adrienne Rich, quien describe:

“El hijo que llevé en mí durante nueve meses no puede definirse ni como un yo, ni como un no yo. Las mujeres, lejos de existir como ‘espacio interior’, se adecuan poderosa y vulnerablemente al ‘adentro’ y al ‘afuera’, pues para nosotras ambos conceptos forman dos continuos y no dos polos” (Rich, 1986:113–114).

Adrienne Rich (1986) presenta un análisis de las paradojas de la identidad femenina. Como señala Rosi Braidotti (1994), Rich analiza “... *especialmente la maternidad como una experiencia que determina el sentido de identidad sexuada de una mujer, al tiempo que continúa siendo una institución que aplica la ley de los padres*” (Braidotti, 1994:223). La identidad sexuada es ubicada, maternidad mediante, en la intersección de la experiencia y de la institución comandada por las leyes hetero–patriarcales en la base de la organización social en su conjunto. Más allá de cuestionar la factibilidad de poder delimitar una experiencia por fuera de algún tipo de forma institucionalizada, no deja de ser interesante cómo la posibilidad de abordar conceptualmente la maternidad como experiencia, le permite a Rich definir la condición femenina no reactivamente, sino de una manera creativa, a la luz de valores positivos anudados al hecho de ser mujer (Braidotti, 1994). Esta dimensión creativa guarda semejanzas importantes con los últimos desarrollos teóricos de Nancy Chodorow (2003) en relación a la conformación de la identidad de género.

Kristeva se refiere a lo materno como un espacio heterogéneo y pre–simbólico. Este espacio se ubica en la base de una crítica posmoderna a la opción de globalizar los problemas de las mujeres bajo la etiqueta de La Mujer –como categoría universal–, de erradicar la diferencia sexual y promover una representación abstracta de la humanidad. Lo que resulta preocupante del pensamiento de Kristeva es su particular concepción de lo materno como espacio presimbólico. Es evidente que esta consideración inscribe la temática en una dimensión anterior al lenguaje simbólico, es decir en lo “natural” de la mujer, a modo de un deseo propio de la especie, una realidad metafísica recurrente. Esta perspectiva cabalga sobre la propuesta de situar la dimensión de la maternidad más allá de la representación, como un eje esencializador de la identidad de género femenina, al mismo tiempo que tropieza con posibles consecuencias poco deseables a los fines reivindicatorios propuestos. Con ello, alimenta aquello de lo que pretende desembarazarse. Si la especificidad de lo materno, en el pensamiento de Kristeva, se despliega más allá de las fronteras del lenguaje, entonces es evidente

que la autora refiere a lo materno en términos de un no-sujeto. Las múltiples consecuencias de esta conceptualización se despliegan por sí mismas: las madres quedan reducidas al plano de los objetos, sin voz, relegadas al silencio, portadoras pasivas de la teleología de la especie. Partiendo de esta premisa, como claramente dilucida Zerilli, incluso los fetos se encuentran antes que las mujeres en la capacidad de gozar de derechos. Esta concepción de la maternidad, en relación a la categoría de sujeto, es un claro ejemplo del peligroso filo, muchas veces dañino, de aquellas conceptualizaciones que se constituyen en el basamento teórico de posturas que finalizan atentando contra la dignidad humana de las minorías oprimidas.

Por otra parte, los desarrollos conceptuales de Julia Kristeva no son unívocos (Paris, 2003). De tal modo, ofrecen varias líneas al interior de las cuales es posible extraer articulaciones que, más allá de sus propuestas preculturales, inauguran líneas fructíferas a la hora de pensar la maternidad, ya no como categoría de análisis, sino en su dimensión de estudiar a las mujeres como sujetos deseantes, concretamente situados. A este respecto, Kristeva (2001) sitúa la dimensión de lo *semiótico* como un espacio que reúne la carga libidinal pre-verbal localizada en las relaciones pre-edípicas. Es en la particularidad de estas comunicaciones sensuales donde Kristeva localiza, en clave semiótica, la sexualidad materna. Por este motivo es que algunos vectores de su pensamiento resultan útiles, pues sitúa en el campo de la maternidad la posibilidad del despliegue de un proceso significativo que moviliza las experiencias y el cuerpo de las madres, quienes adquieren así una voz propia, aunque permanezca desarticulada de lo simbólico.

A criterio de Susan Driver (2005) un aspecto destacable de los escritos de Kristeva refiere a la capacidad de trazar la brecha entre los placeres preedípicos de la madre y la función simbólica, que instaura el orden social que sacrifica y denigra los deseos de las mujeres que corren por las vías de la reproducción. Kristeva (1987) expone sus propias contradicciones, luchas y singularidades como una mujer sexuada y madre, una madre que desea apasionadamente. Sin duda, la autora esgrime una estrategia discursiva que intenta revertir la falta de significado asociado con el cuerpo materno para, en última instancia, derrumbar la disyunción socialmente sancionada entre maternidad y sexualidad.

Por otra parte, Silvia Vegeti-Finzi (1996) aborda la temática de la maternidad partiendo del análisis de algunos mitos ligados a los orígenes. A partir de una perspectiva psicoanalítica, la autora localiza la génesis del componente materno de la feminidad en la fase preedípica. En dicha etapa, a criterio de la autora, el niño forma parte de la identidad materna, ambos conformarían una totalidad fantasmática. Al mismo tiempo, sitúa la maternidad en un registro experiencial imposible de ser capturado por las formas históricosociales. En este contexto conceptual, la autora inscribe la maternidad en la tensión de aspectos simbólicos, imaginarios y reales. Aquellos aspectos simbólicos de la maternidad parecen ser aquellos que han sido cooptados por el Edipo, los otros aspectos adquieren carácter preedípico. Vegeti-Finzi liga estos elementos no-edípicos a configuraciones fantasmáticas de tipo visual entendidas como figuras

innatas que orientan el comportamiento, por un lado, y a la sedimentación de cosas no pensadas, producto de huellas arrojadas por la percepción que no son organizadas por la actividad de representación, por otro lado. Estos últimos elementos, que la autora denomina como producto de fijaciones y de carácter residual, haciendo referencia al modo en que opera la represión originaria, se ubican en la base de estados emocionales no estructurados mentalmente en términos de intencionalidad.

La autora recurre al mito, en tanto herencia arcaica, como una dimensión que vertebra la maternidad, al tiempo que la sitúa en los márgenes del tiempo histórico y las formas culturales. El inconsciente constituye el espacio donde discurren estos fantasmas originarios, imagos que preceden a cualquier experiencia personal. La madre arcaica, para Vegeti-Finzi, constituye un fantasma originario, una imago innata, en ese sentido preedípica. La maternidad es entendida, entonces, como un hecho natural y, como tal, “...en un orden genealógico del mundo, antecede a la cultura” (Vegeti-Finzi, 1996:127). La maternidad constituye una experiencia imposible de ser localizada genuinamente en un tiempo o en un espacio, entonces la maternidad carga en sí algo de aquello indecible. En suma, la maternidad aparece caracterizada como un cuerpo primigenio que contiene todo, como un nudo imposible de desatar, como algo que permanece por fuera de nuestro mundo intelectual, como un sustrato que, aunque alimenta los procesos psíquicos, permanece fuera de su economía. Constituiría un *a priori* de toda experiencia, inscrita en el registro de lo real —es decir, fuera del tiempo y del espacio—, una existencia sin localización simbólica específica de la cual solo percibimos efectos secundarios.

La autora destaca el modo en que desde la Antigüedad se viene produciendo un aparato conceptual que opera a modo de pensamiento espontáneo sobre la maternidad, la que es conceptualizada en términos de materia no formalizada y enlaza los saberes sedimentados desde hace siglos en torno a la feminidad.

Para Vegeti-Finzi tal núcleo real es elaborado socialmente a través de prácticas discursivas de modo tal que culminan construyendo saberes. Sin embargo, para esta autora, la maternidad no se agota en estos procedimientos de control, pues, a su criterio, las redes de tales saberes no logran erradicar el silencio impenetrable que la envuelve. La imago de la madre irrumpe de manera exitosa en la escena psíquica, retorna en su imposibilidad de ser elaborada simbólicamente debido a su carácter de real.

Inscribir la maternidad en lo real trae como consecuencia su vinculación con la angustia, lo ominoso, el miedo y lo terrorífico, dimensiones sobre las cuales se construye la cultura en sus intentos reparatorios en relación con el vacío producido por lo reprimido originario. A partir de las propuestas de Bachofen (citado por Rich, 1986) acerca de la existencia de un matriarcado originario o primigenio, la autora enlaza la existencia de aquel supuesto momento histórico con una realidad interior que recapitula íconos en las profundidades del inconsciente, a modo de figuras primordiales que se inscriben tanto en la mente como en la cultura. Por otra parte Vegeti-Finzi afirma

la imposibilidad de que la imago materna emerja plenamente en la conciencia y en la cultura. Para justificar tal posición, la autora no duda en afirmar el carácter contradictorio de lo materno, “*su localización entre la noche y el día, la vida y la muerte, la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma. Se trata de una contradicción que el lenguaje no puede recoger en su estructura de orden, en la linealidad del tiempo de la narración*” (Veggeti–Finzi, 1996:135).

Queda claro que la autora inscribe la especificidad de lo materno sobre la base una imago primigenia que opera en el sujeto aún antes de que este reciba sus marcas en términos de identidad sexual, en términos de género, aún antes de que pueda decir “yo”. En suma, lo materno constituye un existente atemporal e impersonal.

A mi criterio, en su análisis de la maternidad, la autora borra dos dimensiones fundamentales que no deberían ser desechadas. Por un lado la dimensión histórica, y su lugar en la producción de subjetividad; y por otro lado la importancia de las apropiaciones singulares de las significaciones sociales, es decir, los modos particulares de subjetivación. Poner la dimensión histórica en el centro de las posibles explicaciones sobre la complejidad que entraña el tema de la maternidad, anudándola a la categoría de subjetividad en términos de los modos en que cada quien se apropia y recrea aquella dimensión a través de la cuál fue constituido, aporta una perspectiva que abarca el tema en su mayor complejidad posible. No deben perderse de vista los riesgos que entraña situar el punto de mira en imagos a–históricas, por fuera de toda posibilidad de simbolización fluida, a partir de las cuales los individuos se constituyen bajo la modalidad de la recapitulación.

Los desarrollos de Veggeti–Finzi parecen confluir con aquellos desarrollos que sitúan la maternidad en términos de una experiencia que transita por fuera de lo simbólico, como por ejemplo los aportes de Julia Kristeva.

Un punto de vista constructivista se ofrece como otra opción posible para abordar el tema. La maternidad, desde esta perspectiva, se recorta a partir de la creación de determinadas representaciones atravesadas por profundas relaciones de poder, al interior de un orden simbólico dominante. De este modo nos alejamos de aquellas líneas argumentativas que se aproximan a la problemática en cuestión abordándola como puro reflejo o efecto directo de lo biológico.

Linda Zerilli (1996) nos brinda una interpretación interesante de los argumentos anteriormente expuestos por Simone De Beauvoir; la resitúa como una interlocutora válida para los debates posmodernos del feminismo que giran en torno a la problemática de la maternidad. La lectura propuesta por la autora asegura que la crítica efectuada por de Beauvoir a la maternidad no refrenda la categoría de sujeto (masculino) moderno, sino que la desmonta. A diferencia de Kristeva, lo materno en de Beauvoir –a criterio de Zerilli– se sitúa dentro de lo simbólico, como un espacio político de resistencia feminista en donde la mujer se vincula con la representación. La localización de la obra de de Beauvoir de acuerdo a estas coordenadas políticas es lo que le

permite a Zerilli decodificar un uso retórico del cuerpo materno. Se trataría entonces de una sofisticada estrategia discursiva feminista de desfamiliarización, que apunta, en última instancia, a provocar un efecto de distanciamiento, de disyunción, entre una mujer y su vientre. Al conseguir subvertir las nociones esencialistas del destino femenino, revela lo que se encontraba encubierto por las representaciones culturales de un aparente instinto maternal. De Beauvoir ofrece la posibilidad de pensar a una mujer en oposición a este significado cultural de una maternidad “natural” que se autorrealiza (Zerilli, 1996). La estrategia de de Beauvoir nos conduce, de este modo, a través de las imágenes horrorosas de la maternidad, a reflexionar sobre lo que se suele dar por sentado, lo que permanece incuestionablemente naturalizado. El desplazamiento que se pretende propulsar va desde concebir la identidad de género femenina de forma esencializada, hacia una comprensión reflexiva que sitúa las coordenadas políticas de la identidad. Entender la identidad en términos de proceso, como una construcción continua (Aulagnier, 1991; Benjamin, 1997; Femenías, 2007, 2008) trae consigo la asunción de la responsabilidad subjetiva en la toma de decisiones individuales, como por ejemplo, la maternidad misma. Al mismo tiempo permite redimensionar la responsabilidad en las elecciones de las mujeres más allá de un exclusivo deseo maternal monolítico, supuestamente comandado desde la naturaleza misma de la feminidad, y que, en última instancia, desde esta perspectiva, resulta impuesto por los fuertes mandatos hetero–patriarcales destinados a asegurar la continuidad de la especie. En palabras de Simone de Beauvoir, “*Hay que tener muy en cuenta que las decisiones y los sentimientos confesados por la joven madre no siempre corresponden a sus deseos más profundos*” (Beauvoir, 1949:474).

Jessica Benjamin se ha convertido en una referente ineludible del feminismo psicoanalítico norteamericano. Si bien la autora se alinea en el psicoanálisis de las relaciones objetales, sus aportes han contribuido a la reformulación de presupuestos fundamentales de tal teoría. En relación con el psicoanálisis, por un lado, Benjamin retiene la importancia que guardan algunos conceptos nodales, tales como el mecanismo de la identificación, la dimensión del inconsciente y el estatuto de la fantasía en la vida intrapsíquica. Por otro lado, la autora incluye en su análisis los aportes de las teorías relacionales, las cuales conceptualizan el lugar que adquieren los vínculos humanos en la constitución subjetiva. A partir del entrecruzamiento de ambos enfoques, intrapsíquico e intersubjetivo, Benjamin (1997) extrae conclusiones en relación con el modo en que se constituyen las polaridades de género a lo largo del desarrollo en función de la diferencia sexual. Asimismo, reflexiona sobre las modalidades a través de las cuales se organiza el deseo, en función de consolidar una organización social patriarcal que sostiene la dominación masculina y la sumisión femenina.

En su primer libro *–Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación–*, Benjamin (1996) expone la incidencia de la identificación de género en la dominación sexual, a la luz de la crítica filosófica del binario occidental que enfrenta al sí–mismo –en tanto sujeto– con el otro –en tanto objeto–. Al conectar tal división con las estructuras sociales de poder, la autora instala una novedosa explicación psicodinámica sobre el modo en que se despliega la compleja red de dominación

de género, sexual y social. Al mismo tiempo sienta las bases para la comprensión del reconocimiento mutuo como la capacidad humana que, aunque fracturada por el ordenamiento actual que adquieren los géneros, puede transformar las relaciones desiguales de poder entre varones y mujeres.

La autora afirma que existe una tensión inherente entre el reconocimiento del otro y la afirmación del sí-mismo, que, aunque no de forma inevitable, culmina en una lucha de poder. En la medida en que las estructuras psíquicas y sociales refuerzan la división sujeto/objeto, solo es posible ocupar una de estas posiciones, lo que conduce a la ruptura de la capacidad de reconocimiento mutuo. Del mismo modo, las polaridades de género y sexuales restringen la dirección de las identificaciones y el deseo, en donde la masculinidad se plantea en oposición a la feminidad, y la homosexualidad se plantea en oposición a la heterosexualidad. Benjamin (1997) enfatiza que la posibilidad de pensar en vínculos intersubjetivos, es decir integrados por sujetos iguales, es clave para la transformación de las relaciones sexuales y de género que ponen a las mujeres como objetos de deseo de los varones, y no como sujetos de deseo por propio derecho.

Una de sus contribuciones más importantes es poner en primer plano el carácter paradójico del reconocimiento y delimitar su papel en el desarrollo. La trayectoria del desarrollo de la intersubjetividad y el reconocimiento mutuo se inicia con una reconsideración de la relación madre-hijo existente en la teoría de la separación-individuación de Margaret Mahler (1977, 1984). Sus críticas implican una reformulación a la teoría de las relaciones objetales, la que, según la autora, se centran en el niño como un sí-mismo/sujeto que tiende hacia la autonomía y la separación. En este contexto, la madre es representada como el otro/objeto que facilita o dificulta este desarrollo. A partir de los resultados de las investigaciones del desarrollo infantil de Daniel Stern (1985), Benjamin plantea una visión alternativa del desarrollo en el marco de la relación madre-hijo que acentúa la reciprocidad, así como el refuerzo mutuo de la necesidad tanto del niño como de la madre por el placer del reconocimiento.

Sin embargo, aunque Benjamin (1996) retoma la teoría de las relaciones objetales para explicar las divisiones de género y sexuales en función de la relación de objeto con la madre (Chodorow, 1978), también hace hincapié en el papel simbólico que el padre desempeña en la separación-individuación, especialmente para las niñas. La autora sostiene que niños y niñas conservan su temprana ligazón ambivalente y su identificación con aspectos de ambas instancias parentales. Benjamin (1997) denomina este aspecto como *fase sobreinclusiva* del género, concebida como un aspecto necesario del desarrollo, donde prima la fantasía de ser y tener características de ambos géneros.

Jessica Benjamin (1996) ingresa al análisis de la maternidad a través de su conceptualización sobre la tensión necesaria para el logro del reconocimiento y la mutualidad. La autora sitúa al reconocimiento mutuo como una necesidad psíquica universal, que centra el drama de la individuación en la relación madre-niño/a. Benjamin re-

plantea la intersubjetividad en términos de una lucha del sí-mismo por diferenciarse del otro, sin desvincularse completamente en términos de reconocimiento con ese otro. El deseo de la madre se convierte en un elemento nodal de esta tensión, en tanto favorece al mismo tiempo la separación y la conexión. En este sentido, Benjamin brinda elementos conceptuales para reconsiderar el deseo, más allá del imperativo edípico de rechazar defensivamente el reconocimiento del sí-mismo/cuerpo materno, remarcando los lazos de mutualidad entre la madre y el niño. Es así que el mundo concreto de una madre –sus sentimientos, percepciones y deseos específicos–, diferente del de su hijo, es inscripto en un válido espacio de no-madre (Alizade, 2010) que el marco de la mutualidad insta a reconocer y respetar.

Sin embargo, tal como señala Susan Driver (2005), Benjamin se centra casi exclusivamente sobre un modelo de maternidad ligado a la estructura dominante de familia nuclear heterosexual. Al no cuestionar este modelo de familia que asegura la dominación masculina, la potencialidad de la teoría intersubjetiva de Benjamin queda restringida –como han señalado varias pensadoras–. Las estructuras elementales del parentesco sitúan a las mujeres como objetos de deseo e intercambio masculino (Rubin, 1975), de modo que la voz de las mujeres queda silenciada bajo las cláusulas del *contrato sexual* (Patteman, 1995). Aunque se le atribuye a la madre una participación activa en el desarrollo del niño, los intercambios preverbales y verbales libidinales son limitados a los cuidados maternos. Comprender la experiencia deseante de la madre, más allá de una categoría que cuenta solo a nivel teórico, no está en juego en el pensamiento de Benjamin. La importancia de la madre parece reducirse a un factor subsidiario del desarrollo del niño, adquiriendo un valor posicional en tanto diferencia –como la frontera que marca los límites de la propia fantasía del niño–.

En *Like Subjects, Love Objects*, Benjamin (1997) se enfoca en las relaciones homoeróticas preedípicas. Ella sugiere que las figuras materna y paterna actúan como sitios permeables de identificación para los niños de ambos sexos. Mientras *The Bonds of Love* enfatiza las relaciones preedípicas como un lugar potencial de mutualidad, *Like Subjects, Love Objects* destaca las tendencias identificatorias preedípicas hacia la diferencia –el género *sobreinclusivo*. Benjamín (1997) explica que la sobreinclusividad es un reino de libertad sexual que proporciona una fuente de resistencia contra la legalidad y las prohibiciones edípicas. Es claro que esta noción de *sobreinclusividad* tiene más que ver con una posición que permanece bajo la esfera de la economía fantasmática del niño en relación con el ordenamiento culturalmente dominante sobre los géneros, que con el análisis de un sujeto históricamente situado que desafía significados y valores edípicos hegemónicos. El análisis de Benjamin de la maleabilidad de un niño preedípico en relación con la transición por diferentes posicionamientos de género y sexuales ignora las experiencias deseantes de la madre.

Teóricamente, la afirmación de una madre en relación a su propio deseo es entendida como un factor que adquiere importancia en función de la lucha de un niño que busca, a su vez, realizar su propio deseo. Las fantasías, deseos, anhelos, y la sexualidad materna son menos relevantes. Tales nociones de deseo materno son despojadas

de su contexto y de la especificidad de las experiencias. Tal como señala Susan Driver (ob. cit.), el nivel de abstracción de las referencias de Benjamin, al referirse al reconocimiento que el niño realiza del deseo de la madre, pasa por alto la posibilidad de que tal deseo, en una amplia gama de expresiones que dan cuenta de la madre como sujeto corporal e históricamente situado, podría influir en las concepciones teóricas de la intersubjetividad. En esta línea parece necesario ampliar la línea iniciada por Benjamin, pues los sujetos/madres también son capaces de desestabilizar las relaciones heteronormativas dominantes, en conjunción con las propias tendencias psíquicas *sobreinclusivas* de un niño.

A partir de los trabajos de Benjamin y de Kristeva, por mencionar dos ejemplos analizados, emerge una confianza ciega sobre las representaciones características de la gente de raza blanca, heterosexual, de clase media, naturalizando la estrechez de los límites que impiden otras posibilidades para interpretar la maternidad de modo alternativo.

A esta altura, es oportuno ensayar un enlace posible, antes anunciado, entre las categorías de Mujer, Maternidad y Sujeto que nos permita avanzar. Para ello, Linda Zerilli presenta un rodeo que resulta, a mi criterio, ordenador de lo desarrollado hasta el momento. La autora señala, *“La madre marca el lugar en el que las mujeres son, por cierto, no-sujetos, los no-sujetos de ‘la maternidad forzosa’. La madre como sujeto existe, entonces, allí donde las mujeres como sujetos no son: ausentes no a causa de su localización cósmica en un espacio materno más allá del tiempo paterno, sino en razón de su situación patriarcal en una cultura patriarcal...”* (Zerilli, 1996:185). La problemática para el feminismo queda claramente delimitada: no es la madre como sujeto lo más preocupante, sino la mujer como no-sujeto. De Beauvoir abre un espacio conceptual que genera las condiciones de posibilidad para el establecimiento de nuevas significaciones alternativas de lo materno, puntapié inicial para la elaboración de una concepción de sujeto femenino que no esté definido por la maternidad. Esta constituye una de las diversas propuestas ante la alternativa de la búsqueda de un sujeto no-varón.

Si bien de Beauvoir intenta impactar a las mujeres para despertarlas del sueño maternal, oníricamente alimentado por las configuraciones patriarcales, no cuestiona la realidad biológica del cuerpo materno en tanto constante anatómica que se corresponde con los aspectos fácticos del mismo. Es sobre el cuerpo, entendido de este modo, que se elabora la significación social. Pero los discursos culturales sobre la maternidad solo pueden recubrir, si seguimos esta línea de pensamiento, un solo sexo, el femenino.

Si volvemos a centrarnos en la propuesta de Veggetti-Finzi, una expresión de la autora me permitirá avanzar en algunos aspectos relevantes, a saber: *“Una vez más, ante las Grandes Madres nos enfrentamos con contenidos mentales que anteceden al sujeto y a su economía pulsional, con una dimensión humana preindividual, en términos junguianos con un arquetipo”* (Veggetti-Finzi, 1996:146-147). Quisiera prestar

especial atención al supuesto que maneja la autora en relación con la existencia de una dimensión específicamente humana que antecede al sujeto. Esto supone, de alguna forma, anclar lo humano en el terreno de lo pre-discursivo, por fuera de los límites de la cultura. Los desarrollos conceptuales de Judith Butler (1990, 1993) ofrecen algunas líneas para contrarrestar esta perspectiva. Para Butler, el lenguaje construye la materialidad de los cuerpos, en el sentido de que nunca podemos referirnos a un cuerpo en estado puro, porque toda referencia a un cuerpo es ya una construcción lingüística (Femenías, 2003). Es así que, en sentido estricto, no hay cuerpo –tampoco sujeto– sin significación. Entonces, siguiendo a Foucault (1977), Butler concluye que la idea de una existencia extra-discursiva sobre la especificidad de la identidad femenina, constituye una estrategia discursiva tendiente a mantener la ficción del destino de la reproducción, altamente naturalizado, en la identidad de género femenina.

Un estudio genuino de la maternidad, entonces, desde este punto de mira, no concibe una vía de análisis que permite un acceso sin más a lo que una madre es, como si se tratara de operar como el escultor que deja aparecer las formas aprisionadas en el bloque de mármol, quitando el excedente *per via di levare* (Breuer & Freud, 1983). Desde el punto de mira del constructivismo político, es imposible acceder a lo que, por ejemplo, una mujer es, más allá de la representación que pretende dar cuenta de ello. Más bien, todo parece indicar que el monopolio de la producción de representaciones hegemónicas, opera añadiendo sentido *per via di porre*, tal como funciona la sugestión (Breuer & Freud, 1983), interesante mecanismo de control social/sexual.

En este sentido, Silvia Tubert (1996) se inclina a abordar la cuestión en términos de representaciones, o figuras, de la maternidad, las cuales son, a criterio de la autora, producto de una operación simbólica que atribuye sentidos, significaciones, a la dimensión materna de la feminidad. Figuras portadoras y productoras de sentido.

Conceptualizar la maternidad desde una perspectiva que incluya la dimensión histórica, y su lugar en la producción de subjetividad, nos permite pensar las nuevas modalidades de familiarización de tal forma que se incluyan los cambios, tanto en las relaciones familiares como en las relaciones sexuales. Las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo han ido adquiriendo un nivel de visibilidad notable, sobre todo a partir de la legalización del matrimonio homosexual. Cabe preguntarse si estas uniones constituyen una nueva modalidad de familiarización.

A partir del debate que se ha desatado en relación con considerar, o no considerar, a las uniones homosexuales como potenciales relaciones parentales, Judith Butler (2006) comienza a pensar el estatuto de la sexualidad y su relación con las formas en que la misma se ha ido organizando de acuerdo a diferentes momentos socio-históricos. Una gama cada vez más amplia de relaciones que no se conforman de acuerdo al modelo de la familia nuclear, da cuenta de la necesidad de pensar detenidamente la conexión entre la sexualidad humana y las relaciones reproductivas al interior del matrimonio como única forma posible de inscribirla culturalmente.

En este contexto, Butler ensaya un modo posible de entender el parentesco, tal vez una de las más lúcidas, con la suficiente amplitud para superar los límites que imprimen únicamente las modalidades biológicas de zanjar la cuestión. A criterio de Butler, deberíamos pensar el parentesco como “... *una serie de prácticas que instituyen relaciones de varios tipos mediante las cuales se negocian la reproducción de la vida y las demandas de la muerte...*” (Butler, 2006:149–150). A partir de aquí, de acuerdo a Butler, “...*las prácticas del parentesco serán aquellas que surjan para cuidar de las formas fundamentales de la dependencia humana, que pueden incluir el nacimiento, la cría de los niños, las relaciones de dependencia emocional y de apoyo, los lazos generacionales, la enfermedad, la muerte...*” (Butler, 2006:150). Queda claro que abordar el tema desde esta perspectiva comienza, de entrada, a desvincular el parentesco de la presuposición del matrimonio y de las *ficciones de la línea sanguínea*.

Butler no desconoce la complejidad del asunto, y continúa por explicitar las formas en que nuevas, o diferentes, modalidades de parentesco han sido, y son, vigiladas intensamente al mismo tiempo que patologizadas. Tales estrategias de poder constituyen un epicentro a partir del cual se propagan presiones normalizadoras en el marco de una deslegitimación social y política.

Casi a contracorriente, cuando se debate acerca de formas de unión consideradas como abyectas² el matrimonio es separado del parentesco. Tal es así que las propuestas legislativas que apuntan a regular el matrimonio gay suelen excluir el derecho a la adopción o al acceso a tecnologías de reproducción. Esto es prueba de que los *poderes normalizadores del Estado* nunca ceden sus dominios completamente. Es así que las

“...*variaciones en el parentesco que parten de las formas de familia basadas en la heterosexualidad diádica normativa y afianzadas mediante el voto matrimonial se presentan no solo como peligrosas para el niño, sino también como peligrosas para las leyes supuestamente naturales y culturales que se dice sostienen la inteligibilidad humana*” (Butler, 2006:152).

Quitar el velo que cubre los arreglos de poder le permite a Butler direccionar el debate hacia cuáles son los criterios que delimitan lo legítimo y lo ilegítimo. Butler deja deslizarse que no es extraño que algunas parejas homosexuales aspiren al matrimonio. La *ley santificadora* adquiere rápidamente el carácter de objetivo último. Por un lado, es probable que la sexualidad se piense, aún, en términos de matrimonio, al mismo tiempo que el matrimonio es concebido como la compra de la legitimidad. De modo que el acceso al matrimonio absorbe la sexualidad en una forma instituida como legítima. Si bien Butler no pretende hacer girar sus observaciones en torno al par legítimo/ilegítimo, esta interesante observación inicial de la autora permite seguir el debate hacia otras direcciones, dado que expone los modos en que la sexualidad suele

² Tal como señala María Luisa Femenías (2003), “*lo abyecto –concepto que [Judith Butler] toma de Julia Kristeva– designa precisamente el lugar de lo inhabitable, lo invivible, la zona social más densamente poblada por quienes no disfrutan del estatus de sujeto, pero que –paradójicamente– definen su dominio.*”

ser comprendida, de manera explícita o subyacente: como una totalidad monolítica susceptible de ser cooptada por algún discurso.

El psicoanálisis, principalmente las corrientes contemporáneas que integran la dimensión histórico-social a sus producciones conceptuales, nos ha enseñado las serias limitaciones de estos modos de aproximarnos al estudio de la sexualidad. Al mismo tiempo nos advierte acerca de las consecuencias normalizadoras, que generan claras estrategias de dominación, de quedar sometidos a las ficciones discursivas que se arrojan la potencialidad de declarar lo permitido y lo prohibido apelando a parámetros a-políticos o extra-discursivos, como si el accionar humano se regulara a través de leyes naturales.

Butler rescata la perspectiva crítica como necesaria para dismantelar las políticas basadas “... en un desconocimiento –y en una despolitización– de las mismas relaciones de fuerza mediante las cuales se instituye su propio campo de operaciones” (Butler, 2006:156). Es, entonces, desde una perspectiva crítica que se pueden deslindar las fallas de los discursos hegemónicos a la hora de monopolizar de manera absoluta la sexualidad en su carácter de legítima. Es en este sentido que los mismo términos, ordenados a partir de una lógica binaria, que constituyen el campo de la inteligibilidad sexual, generan zonas intermedias entre lo legítimo y lo ilegítimo, regiones híbridas sin nombres claros. La denominación misma cae en una crisis, y genera dificultades a causa de la variabilidad y la violencia de los límites establecidos por las prácticas legitimadoras que ordenan el campo de inteligibilidad de manera incómoda, cuando no violenta. Sin embargo, los sujetos transitan y se deslizan a través de estos *no lugares*, en donde el reconocimiento, incluso el autorreconocimiento resulta precario. Entonces, la existencia de estas regiones (de *ontología incierta, difíciles de nombrar*) sugieren, a criterio de Butler, la existencia de prácticas sexuales que no emergen como coherentes en el léxico disponible de la legitimación.

Por otra parte, Butler detecta el modo en que el Estado suele ocupar el lugar en donde se articula una fantasía institucionalizada de normatividad, que delimita una explicación ideológica del parentesco, a la cual se apela, a criterio de la autora, bajo la esperanza de tornarse *socialmente coherente*.

Sea como fuere, es claro que la resistencia a la plena aceptación del matrimonio gay, más aún de concebir una parentalidad gay, denuncia a dicha temática como un espacio que absorbe constantemente otros miedos políticos, a saber: el avance de las nuevas tecnologías y su impacto sobre la demografía, incluso sobre la unidad de la nación misma, entre otros temores imaginables producto de colocar la parentalidad por fuera de la familia (en este punto resulta interesante la imaginiería que Donna Haraway (1995) condensa bajo la categoría de Cyborg).

Butler destaca la importancia que guarda la significación con que se revisten los términos. En Francia, algunos autores hacen referencia a la cultura para designar las condiciones universales de la inteligibilidad humana, y no para significar las formaciones

culturalmente variables de la vida humana. La filósofa francesa Sylviane Agacinsky sostiene que “... la cultura misma requiere que un hombre y una mujer produzcan un hijo y que el hijo tenga ese punto de referencia dual para su propia iniciación en el orden simbólico, entendiendo por orden simbólico la serie de reglas que ordenan y apoyan nuestro sentido de la realidad y de la inteligibilidad cultural” (Butler, 2006:171). A mi criterio, Butler dedica demasiado espacio a los argumentos anticuados y conservadores de Agacinsky, sin duda motorizada por responder a ciertas acusaciones iniciadas por la autora francesa. A partir de los argumentos de Agacinsky, Butler relativiza, si no desestima, el relato estructuralista que explica el origen de la cultura basado en el supuesto capital de la diferencia sexual natural.

Agacinsky no es la única teórica que se suma a las filas de quienes defienden la diferencia sexual como premisa necesaria a la hora de pensar configuraciones vinculadas capaces de contener y viabilizar la vida humana. Sin ir más lejos, Julia Kristeva (1987) cae en una lectura normativa de aquellas madres que desean y aman por fuera de la alianza heterosexual. Así, aunque Kristeva deslinda el potencial erótico disidente de la subjetividad materna, capaz de burlar la ley simbólica patriarcal y la lógica racional, califica los ejemplos históricos de madres lesbianas y madres solteras que desafían las ideologías dominantes como reacciones inútiles. Las tendencias heteronormativas presentes en los textos de Kristeva trabajan en contra de la potencialidad de sus ideas. En las referencias explícitas que Kristeva (1987) realiza de la homosexualidad femenina, aleja tal dirección del deseo sexual de la figura de la metáfora puesta en marcha por el deseo maternal –modo en que Kristeva enmarca el amor heterosexual–. La autora inscribe la homosexualidad femenina en el narcisismo primario como un sitio de goce inefable. Kristeva se vuelve funcional a la homogeneización de los heterogéneos sujetos maternos.

Butler (1990) critica fuertemente a Kristeva. Por un lado denuncia el modo en que Kristeva ancla la especificidad del cuerpo materno por fuera de los límites del lenguaje. Por otra parte, se encarga de analizar en detalle el modo en que la pluma de Kristeva refuerza la heterosexualidad compulsiva (Rich, 1980).

Asimismo, Butler lanza una afirmación fuerte: a su criterio gran parte de los intelectuales franceses siguen sosteniendo la funcionalidad del tabú del incesto³ –que supone no solo la salida exogámica, sino también la unidad del clan– al interior de un estructuralismo resurgido a la fuerza de manera anacrónica, como estrategia para

³ No debe perderse de vista la complejidad que entraña tal planteo. Según Irene Meler, el tabú del incesto no debe ser entendido sólo en su función de resguardar la identidad del colectivo social y promover un intercambio ordenado. Desde su punto de vista, este enfoque antropológico debe articularse con una perspectiva centrada en la subjetividad, donde se conocen los terribles efectos de la transgresión de la diferencia adulto/niño y de la traición a la confianza primaria que el infante deposita en sus cuidadores. En esta línea, nos alerta sobre la tendencia a cuestionar el tabú del incesto en los estudios queer, considerándolo un extravío que corre el riesgo de dar legitimidad al abuso sexual contra menores. Para mayor profundidad de la perspectiva que la autora imprime a la temática, véase: Meler, I. (2006). El incesto. En *Investigaciones en Psicología*, 11(2): 55–77, Revista del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.

sostener la unidad cultural francesa, identificada con la universalidad, frente a la amenaza de una pureza cultural que ya se ha comenzado a perder por los fuertes movimientos inmigratorios. Butler no solo afirma que el tabú del incesto supone el tabú de la homosexualidad (sutileza ya esgrimida por Gayle Rubin) sino también el tabú del mestizaje, dado que la defensa de la cultura que encuentra su cauce a través de la familia heterosexual es una extensión de las nuevas formas de racismo europeo.

El par legítimo-ilegítimo genera un dilema imposible de resolver. Sin embargo, reclamar derechos es una necesidad política, además de una demanda ética, a la cual no podemos renunciar.

La dimensión histórico-social nos abre paso hacia una perspectiva que posibilita una mirada política que, al mismo tiempo, permite efectuar las desnaturalizaciones necesarias para conceptualizar de otro modo las nuevas formas de agrupamientos humanos –sean considerados familias, o no, se utilicen las nominaciones del sistema de parentesco con el que contamos, o no– como productos históricos, como emergentes epocales que no se integran de modo armónico bajo el eje normativo de las instituciones modernas. El género como diferencia (hetero)sexual se ha convertido en el marco de referencia central para teorizar al sujeto maternal. La exclusión de otras posiciones que maticen el sujeto emergente de la matriz heterosexual (Butler, 1990), como la raza, la etnia, la clase, la elección sexual, han sido invisibilizadas. Es necesario apostar al descenramiento e impugnación de estas tendencias de homogeneización dentro de las teorías del psicoanálisis feminista, a favor de comenzar a oír la voz, las historias que quienes se inscriben en la posición de sujetos maternales relatan de su experiencia. En última instancia se trata de alentar el desafío de apostar a nuevas modalidades de subjetivación –femeninas, masculinas, o estrictamente ninguna de ellas– que excedan ampliamente la categoría restrictiva de maternidad, incluso hasta el punto de su estallido. Al interior de las estructuras del parentesco, la maternidad eclipsa las subjetividades de las mujeres.

Para evitar las sombras que constantemente arroja sobre la dimensión deseante tal *eclipse de mujer*, tal vez se trate de depurar los roles parentales para rescatar aquellas funciones u operaciones que en cada contexto se tornan fundamentales, independientemente de quién las ejerza, al permitir y asegurar, para la totalidad de quienes integran un entramado vincular, las condiciones necesarias para la constitución subjetiva y para la preservación de la vida ... incluyendo a quienes el parentesco captura y oculta bajo la categoría *Madre*.

Bibliografía

Agacinski, S. (1998). *Política de sexos*. Madrid: Taurus.

Alizade, M. (2010). “El espacio psíquico no-madre”. En Beatriz Zelcer (Comp.). *Diversidad sexual*. Buenos Aires. Lugar Editorial.

Aulagnier, P. (1991). “Los dos principios del funcionamiento identificatorio, permanencia y cambio”. En Hornstein et al. (Comps.). *Cuerpo, Historia, Interpretación*. Buenos Aires: Paidós.

- Badinter, É. (2003). *Hombres/Mujeres. Cómo salir del camino equivocado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beauvoir, S. de (1999). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Benjamin, J. (1996). *Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, J. (1997). *Sujetos iguales, Objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós.
- Benjamin, J. (1998). *Shadow of the Other. Intersubjectivity and Gender in Psychoanalysis*. New York/London. Routledge.
- Bersani, L. (1998). *Homos*. Buenos Aires: Manantial.
- Braidotti, R. (1994). *Sujetos nómades*. Buenos Aires: Paidós.
- Breuer & Freud (1983). *Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar*, Obras Completas, Vol. II. Buenos Aires/Madrid: Amorrortu. (1978).
- Butler, J. (1990). *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge.
- Butler, J. (1993). *Bodies that matter*. New York: Routledge.
- Butler, J. (2006). “El parentesco, ¿es siempre heterosexual de antemano?” En Butler, J: *Deshacer el Género*. Barcelona: Paidós.
- Chodorow, N. (1974). Family structure and feminine personality. En M.Z. Rosaldo & L. Lamphere (Eds.). *Woman, Culture and Society*. California: Stanford University Press.
- Chodorow, N. (1978). *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender*. Berkeley: University of California Press.
- Chodorow, N. (2003). *El poder de los sentimientos. La significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura*. Buenos Aires: Paidós.
- Driver, S. (2005). Intersubjective openings. Rethinking feminist psychoanalytics of desire beyond heteronormative ambivalence. *Feminist Theory*, 6(1), 5–24.
- Femenías, M.L. (2000). *Sobre Sujeto y Género. Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*. Buenos Aires: Catálogos.

Femenías, M.L. (2003). *Judith Butler: Introducción a su lectura*. Buenos Aires: Catálogos.

Femenías, M.L. (2007). *El género del multiculturalismo*. Bernal (Argentina). Universidad Nacional de Quilmes.

Femenías, M.L. (2008). Identidades esencializadas/violencias activadas. En ISEGORÍA, 38, 15–38. Madrid: Instituto de Filosofía del CSIC.

Foucault, M. (1977). *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad* (Vol. 1). México: Siglo XXI.

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.

Hocquenghem, G. (2009). *El deseo homosexual*. Madrid: Melusina.

Irigaray, L. (2007). *Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Akal.

Irigaray, L. (2009). *Ese sexo que no es uno*. Madrid: Akal.

Kosofsky Sedgwick, E. (1998). *Epistemología del armario*. Barcelona: La Tempestad.

Kristeva, J. (1987). *Historias de amor*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Kristeva, J. (2001). *El genio femenino: la vida, la locura, las palabras: 2. Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.

Mahler, M. (1977). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Marymar.

Mahler, M. (1984). *Separación–individuación*. Buenos Aires: Paidós.

Meler, I. (2006). El incesto. En *Investigaciones en Psicología: Revista del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires*, 11(2): 55–77.

Mitchell, J. (1976). *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing y las mujeres*. Barcelona: Anagrama.

Paris, D. (2003). *Julia Kristeva y la gramática de la subjetividad*. Madrid: Campo de ideas.

Patteman, C. (1995). *El contrato sexual*. Madrid: Anthropos.

Rich, Adrienne (1980). Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence. *Signs*, 4(5), 631–660.

Rich, A. (1986). *Nacemos de mujer: La maternidad como experiencia y como institución*. Madrid: Cátedra.

Rubin, G. (1975). The Traffic in Women: Notes on the ‘Political Economy’ of Sex. En Rayna R. Reiter (Ed.). *Toward an Anthropology of Women*. Nueva York: Monthly Review Press.

Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo: Notas para una teoría radical de la sexualidad. En Carole Vance (Comp.). *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Revolución.

Stern, D. (1985). *El mundo interpersonal del infante*. Buenos Aires: Paidós.

Tubert, S. (Ed.) (1996). *Figuras de la Madre*. Madrid: Cátedra.

Veggeti–Finzi, S. (1996). El mito de los orígenes. De la Madre a las madres, un camino de la identidad femenina. En Tubert, S. (Ed.). *Figuras de la Madre*. Madrid: Cátedra.

Wittig, M. (2005). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.

Zerilli, Linda M.G. (1996). Un proceso sin sujeto: Simone de Beauvoir y Julia Kristeva, sobre la maternidad. En Tubert, S. (Ed.). *Figuras de la Madre*. Madrid: Cátedra.

Artículo recibido: Agosto, 2011

Aceptado para su publicación: Marzo, 2012